



Cuaderno Cervantino

Número 5 - Noviembre - Diciembre 2022



**“SOBRE EL DEBER SER DE LA UNIVERSIDAD: EL JUEGO
DESINTERESADO DEL ESPÍRITU, LA CALIDAD DEL
CONOCIMIENTO Y EL OCIO INTELIGENTE”**

Enrique San Miguel Pérez

Vinculación con el MEDIO



Presentación

La Vicerrectoría de Comunicaciones y Vinculación con el Medio de la Universidad Miguel de Cervantes (UMC), presenta el quinto número del año 2022 de sus Cuadernos Cervantinos, publicación institucional de carácter virtual y con una periodicidad bimensual.

En esta publicación presentamos el ensayo “SOBRE EL DEBER SER DE LA UNIVERSIDAD: EL JUEGO DESINTERESADO DEL ESPÍRITU, LA CALIDAD DEL CONOCIMIENTO Y EL OCIO INTELIGENTE”, escrito por el académico Enrique San Miguel Pérez, Catedrático de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, Profesor visitante de la Universidad Miguel de Cervantes de Santiago de Chile.

El texto fue presentado en la Universidad Miguel de Cervantes en noviembre del 2022. El artículo nos plantea una interesante reflexión sobre el deber ser de las universidades como centros de pensamiento para la sociedad.

De este modo, a través de este medio, promovemos nuestra inspiración humanista y cristiana en la comunidad cervantina, públicos de interés y la sociedad en general.

Francisca Ortega Frei
Vicerrectora de Comunicaciones y Vinculación con el Medio
Universidad Miguel de Cervantes



“SOBRE EL DEBER SER DE LA UNIVERSIDAD: EL JUEGO DESINTERESADO DEL ESPÍRITU, LA CALIDAD DEL CONOCIMIENTO Y EL OCIO INTELIGENTE”

Enrique San Miguel Pérez

Catedrático de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Profesor visitante de la Universidad Miguel de Cervantes de Santiago de Chile

Resumen: Si la Universidad es un mural de la historia, la Edad de Oro de la cultura española, y su legado, muestra las estrategias esenciales y el pensamiento para la renovación del sentido de la responsabilidad de una institución que comparte las tareas del proceso de civilización. Intelectuales españoles, como Santiago Ramón y Cajal y Alberto Jiménez Fraud, aportan una lectura del sentido y desarrollo de la Universidad como parte del proyecto democrático.

Abstract: If University is working as a picture of history, the golden age of spanish culture, and its legacy, is showing the key strategies and thinking to renew the responsibility of an institution that shares the tasks of civilization. Spanish intellectuals, like Santiago Ramón y Cajal and Alberto Jiménez Fraud, give a read of the sense and development of University as a part of democratic project.

Palabras clave: Universidad. Educación. Responsabilidad. Historia.
Key words: University. Education. Responsibility. History.

1. Presentación.

La "irradiación del pasado", ¿mera "ilusión de juventud y optimismo"?

Cuando hace ahora 90 años, en 1932, Santiago Ramón y Cajal cumplió los 80, jubilado de la actividad universitaria, aunque nunca de la investigación, le dedicó un libro monográfico a la vejez. Su edad no era desconocida, pero sí bastante infrecuente en su tiempo, casi duplicando la esperanza de vida en la España republicana del primer Gobierno presidido por Manuel Azaña. Apenas dos años antes de su fallecimiento, evaluaba el Premio Nobel nacido en Petilla de Aragón el brillante progreso de la juventud española en los años más recientes, y muy especialmente desde su asunción de la presidencia de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas tras su creación en 1907, y que continuaría desempeñando hasta el final de sus días. Y llegaba a la conclusión de que, si bien las iniciativas adoptadas para la formación en la excelencia no siempre se habían visto coronadas por el éxito, quedaba "una minoría selecta, fervorosamente patriótica, regentadora con decoro y eficiencia de cargos civiles o docentes" (Ramón y Cajal, 1960)

Apenas unos años después, cuando el pensador y diplomático socialista cántabro Luis Araquistáin reflexionaba sobre las causas del colapso del proyecto de modernización y regeneración de España liderado por la Segunda República, y cómo no acertó a preservarla del golpismo la más brillante generación en la historia de la cultura y de la civilización española, una generación que con llamativas e ilustres excepciones, como la de Miguel Hernández, se había formado en la Universidad y en los centros académicos españoles e internacionales de mayor excelencia, la explicación del intelectual iguñés no podía resultar más concisa y lúcida en su profundo sentido de la autocrítica: "enriquecimos la cabeza de la nación y nos olvidamos de su estómago" (Araquistáin, 1968)

Seguramente, una valoración injusta. Pero viene de quién viene: un republicano de larga trayectoria, exiliado, que decide aportar su testimonio sin pretender exculparse. Y aportar su testimonio pensando en que el futuro restablecimiento de la democracia en una España reconciliada sea el definitivo (San Miguel Pérez, 2022) Porque la Universidad debe, sobre todo y en primer lugar, encontrarse plenamente enraizada en la sociedad. Y enraizada no quiere decir únicamente instalada al servicio de la ciudadanía, sino atenta a sus necesidades más básicas y legítimas. La brillante Universidad alemana de la prodigiosa República de Weimar, con su secuencia de portentosos Nobel, y edición tras edición, comenzando por Max Planck en 1918, no fue sin embargo capaz de ofrecer contenidos, estrategias y liderazgos útiles para la superación de la agresión totalitaria. La Universidad tiene el deber de mostrarse hábil para pensar y dirigir el cambio, impulsar el fortalecimiento de los derechos y libertades fundamentales, y contribuir a generar prosperidad y oportunidades con equidad y cohesión social. Y para la inmensa mayoría. La Universidad no tiene ningún deber con ninguna forma de "minoría selecta". Su interlocutora exclusiva es la ciudadanía. Toda ella.

La "irradiación del pasado", que tanto fascina a las sociedades occidentales, como advertía Santiago Ramón y Cajal, y no digamos en las edades más adultas, puede llegar a convertirse en un espejismo, animado por cuanto la Universidad representa en su expresión más idealizada: invariablemente, el regreso a la edad juvenil y, por consiguiente, a su vitalidad y optimismo (Ramón y Cajal, 1960) Los profesionales universitarios no podemos sucumbir a la tentación de mitificar la institución a la que servimos recreándonos en la pretensión de prolongar nuestras experiencias estudiantiles. La Universidad no es un espacio para el disfrute de las nostalgias particulares, sino para que profesorado y estudiantado asuman su responsabilidad al servicio del bien común. De todo él.

2. Tradición clásica, infinito valor de cada persona. Una Universidad al servicio de la civilización, es decir, de la vida racional y la posibilidad de la libertad

En 1960 Alberto Jiménez Fraud, el gran historiador de la Universidad de su tiempo, director fundador de la Residencia de Estudiantes en 1910, y tanto en su sede primigenia en Fortuny como en la Colina de los Chopos, y ello hasta el cierre de las instalaciones tras el estallido de la Guerra Civil y su consiguiente salida hacia el exilio en 1936, en donde estuvo radicado en Gran Bretaña, si bien su trabajo como traductor habría de llevarle por toda Europa (de hecho, habría de fallecer en Ginebra en 1964, en donde se encontraba desarrollando su actividad profesional), elaboró un breve ensayo denominado La Residencia de Estudiantes (Jiménez Fraud, 1972) Entre 1944 y 1948 había compuesto y publicado La ciudad del estudio, Selección y reforma y Ocaso y restauración, los tres bloques de su Historia de la Universidad Española, finalmente publicada en 1971 en su versión íntegra y ya póstuma. Pero el ensayo que redactó en 1960, además de expresar el método con el que el educador malagueño se enfrentaba a la actividad científica, desde el conocimiento exhaustivo de la materia y el rigor y orden en su tratamiento, vendría a conjugar la disciplina analítica con la elaboración de reflexiones que constituyen, hoy, auténticos renglones de pensamiento y acción sobre qué es y qué puede y debe hacer la Universidad. Renglones a partir de los cuales cabe subrayar:

1. En contra del cálculo, la Universidad tiene la misión de transmitir el optimismo de quien trabaja por la vida, por la concordia y por la paz. La lucha, el buen combate paulino, existe, pero es con uno mismo. El "no extrañéis dulces amigos que esté mi frente arrugada, yo vivo en paz con los hombres y en guerra con mis entrañas" de Antonio Machado. La Universidad no es una institución para la creación de imperios o sistemas hegemónicos, o para prevalecer en contiendas

aniquiladoras. Tampoco para las denominadas "guerras" o "batallas" culturales. Con ese propósito surgieron las religiones políticas o actuaron personalidades como el canciller prusiano e imperial alemán Otto von Bismarck y su Kulturkampf en el siglo XIX, y las teologías políticas y el reverendo extremista Pat Buchanan en el siglo XX. Son páginas leídas y pasadas de la historia. Lamentables páginas.

2. La Universidad trabaja a favor del progreso moral. Y el progreso moral se expresa a través de la conciencia individual que se rebela contra la fuerza bruta. Una conciencia individual nutrida de la urbanidad, la persuasión, la justicia y la razón, herederas de nuestra tradición clásica. La Universidad trabaja a favor de la emancipación humana. Y ese proceso, como la propia Universidad, únicamente puede producirse en el seno del modelo occidental de civilización.

3. La formación que persigue la Universidad es integral, es decir, tan amplia como la propia vida. Y, por lo tanto, radicalmente humanista. El objetivo es promover al ser humano cultivado, y acompañarle en la audacia del conocimiento y en la reflexión desde el análisis. Porque más importante es la persona que se cultiva, aunque no estudiara, que la persona que estudió, pero no se cultivó. No todo profesor llega a ser un maestro. Y sí que muchos maestros no necesitaron en absoluto ejercer nunca como profesores. El abogado, según Ángel Ossorio y Gallardo, debe tener, sobre todas las cualidades, sentido común. Si, además, sabe Derecho, diría el gran jurista madrileño, mucho mejor. Así es también el universitario. Un experto en sentido común.

4. La Universidad existe para la defensa de lo sagrado. Y lo sagrado es el infinito valor de cada persona. La Universidad existe para defender al ser humano. Nuestra herencia clásica nos obliga a la promoción de su independencia cultural y política, su emancipación de las garras burocráticas, y la preservación de su derecho a la racionalidad (Jiménez Fraud, 1972) Por cierto, lo sagrado compete y compromete a todos los seres humanos, con independencia de sus ideas y creencias.

Nadie hizo más hincapié en la sacralidad de la persona y de la vida humana que un militante comunista como Pier Paolo Pasolini (Pasolini, 1978).

5. La Universidad se sostiene sobre la autoridad, que propone, razona y persuade a través del compromiso, del testimonio y del ejemplo. La institución universitaria, pero no digamos el trabajo docente e investigador, en modo alguno puede acudir a la "minoría". La Universidad, como todas las instituciones, es del pueblo, y del pueblo viene. Los estudiantes no son clientes, y los profesores no somos vendedores. Servidores de todos. Subordinados, de nadie.

6. Los universitarios tenemos una responsabilidad de la que no podemos dimitir o desistir, pero tampoco ceder o decaer: construir un mundo mejor. Y construirlo siendo mejores nosotros. Hacerlo de manera responsable y compartida. Viajando en un tren que debe llegar a su destino con todos los vagones y con todo el pasaje. Nuestra pasión humanista alcanza a todo ese pasaje, a todas y a todos. Nuestra ambición intelectual persiste en el tiempo gracias a esa ambición de llegar a todas y a todos. Un 5 sobre 10 en una prueba no puede representar la meta, y ni para profesorado ni para estudiantado. La meta es el camino, un camino largo y pleno de aventuras y de experiencias, como diría Konstantino Kavafis. O, en palabras de Santiago Ramón y Cajal: "la mitad de la felicidad es la ilusión; la otra mitad, la esperanza" (Ramón y Cajal, 1946).

7. Como universitarios, debemos aceptar y asumir la historia. Pero para continuarla. Decía Alberto Jiménez Fraud que "somos los artífices de nosotros mismos" (Jiménez Fraud, 1972) Y eso exige, como añadiría Juan Ramón Jiménez, ilusión, alegría, ambición y amor. Lo importante, sostendrá el inmenso poeta onubense, es despertar ilusión y ambición en el estudiante, y no exigirle perfección en unos estudios que, en algunos supuestos, lo conducen a "conocimientos muertos" (Jiménez, 1974).

8. Como universitarios, nuestro punto de partida es la humildad ejerciente. Nos encontramos instalados en la fragilidad y en la vulnerabilidad. Puede que en algún momento nos falten las fuerzas. Debemos saber siempre que, cuando eso suceda, no nos faltará el coraje. Viene de la vocación. Pero también de la lealtad al deber. No hay cualidad o aptitud universitaria en la que no se pueda avanzar.

9. Hay dos tentaciones que, también como universitarios, nos aquejan: el excesivo racionalismo y el idealismo extremado. El primero puede conducir al sectarismo y el segundo a la melancolía. La propuesta universitaria ha vencido al tiempo porque se basa en el realismo, la confianza, la racionalidad y la constancia en el mensaje y en la responsabilidad. La realidad, decía Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote*, es de "feroz genio", y capaz de enfrentarse incluso con su propia idealización (Ortega y Gasset, 1976). La Universidad es nueve veces centenaria, y será milenaria, a fuerza de no desconocer la realidad.

10. La Universidad apuesta por una concepción de la vida, y porta consigo un método para conquistarla: una vida digna, honesta y libre, de exigencia, sacrificio y oportunidades para todas y para todos. Esa vida surge en el encuentro y como consecuencia del encuentro. Y no existe encuentro sin equilibrio, sosiego y moderación.

3. Recibir, transmitir, difundir y defender la herencia espiritual de la civilización a la que pertenecemos: los "valores universitarios" según Alberto Jiménez Fraud.

En los años siguientes, nuevas contribuciones escritas de Alberto Jiménez Fraud vinieron a sumarse a su monumental trabajo sobre la Universidad española. Esta vez, eran sus propias experiencias como educador y formador, y además eminente, sin duda el más

extraordinario en el siglo XX español, e inseparable de una irrepetible Edad de la cultura española y universal, las que originaban un conjunto de reflexiones que, partiendo del análisis histórico, se internaban en la consolidación de Valores universitarios, un breve ensayo redactado en 1962. Con este título, el pensador nacido en Málaga instaba a considerar una decena de propuestas para el debate en torno al porvenir de la institución universitaria:

1. La Universidad nació como consecuencia de la necesidad de los escolares medievales de dominar las disciplinas que franquearan el acceso a posiciones de dirección y mando en la vida pública. Pero también de las propias necesidades de las renacientes formaciones estatales europeas, y de su consolidación, al servicio de nuevos proyectos políticos. La autonomía de la Universidad de Bolonia, nada casualmente consagrada por la Constitución Habita del emperador Federico Barbarroja en 1158, era la consecuencia lógica de la conversión de los centros de enseñanza superior en instituciones al servicio del Estado, y formadoras de sus servidores. Considerar la historia de la Universidad medieval obliga, y en modo necesario, a examinar la teoría del poder real (Jiménez Fraud,1971) Y, desde entonces, de toda forma de poder. La Universidad, como centro de ciencia, saber, creación e innovación, es poder. Y poder transformador en permanente, tenso y fecundo diálogo con el poder político.

2. La satisfacción del ansia de curiosidad intelectual, siendo parte de la exploración de nuevos ámbitos de saber, es inherente a la identidad y al estilo universitario. La Universidad estimula e impulsa. No limita o mucho menos castiga. Entre otros motivos, como diría Santiago Ramón y Cajal, porque las punitivas son conductas cuyo final se desconoce (Ramón y Cajal, 1955).

3. La Universidad realiza una actividad al servicio de la comunidad (como toda institución pública) contribuyendo a la formación de una buena y comprometida ciudadanía. De "firme y ágil disciplina

mental", y capaz de discernir "lo esencial de lo accesorio" (Jiménez Fraud, 1989).

4. Cultivar una minoría capaz de alcanzar y transmitir una idea unitaria del proyecto de civilización al que pertenece es parte de la tarea histórica de la Universidad. O, como diría un gran maestro de la Historia del Derecho Español, con plena conciencia de "la fuerza de 'lo que es' " (Altamira, 1929) En nuestro tiempo, esa minoría puede y debe ser la inmensa mayoría.

5. Proyecto de civilización quiere decir síntesis que todo lo abarca, y no especialización o suma de especializaciones, sino intercambio de conocimientos. La Universidad forma profesionales. Pero no únicamente profesionales (Ortega y Gasset, 1964) La especialización a ultranza termina por sumir a las sociedades en la ausencia de horizontes, de creatividad, y de proyectos de vida en común.

6. La ciencia, considerada únicamente en sí misma, es pura vanidad. Y eso significa que se destruye a sí misma. La vida, decía Luis de Zulueta, "es acción". Y "por la acción nos descubrimos a nosotros mismos" (Zulueta, 1916) La Universidad hace ciencia. Pero ciencia en la vida y al servicio de la vida.

7. La Universidad puede llegar a enfrentarse a un problema que representa su negación: la ausencia de identidad y de proyecto. Si la centralidad del servicio público, el cuidado del otro, no digamos del frágil, enfermo o vulnerable, y el ejercicio de los derechos por cada ser humano concreto no se encuentra en el corazón de una institución universitaria, la Universidad pierde su razón de ser. Y, entonces, se convierte en un centro de adoctrinamiento o una sociedad con ánimo de lucro. O en ambas cosas. O, también, en un espacio para la obtención de presuntas glorias. No hay triunfo "oficial", como el que le exigía a Federico García Lorca el papelero granadino Eladio Pericás (García Lorca, 1980). El objetivo de un ser humano, y

radicalmente humano, lo dice muy claramente el casi adolescente poeta granadino en *Impresiones y paisajes*, su primer libro, es verlo todo y sentirlo todo (García Lorca, 1994).

8. Un problema decisivo para el cumplimiento del proyecto universitario es que el profesorado renuncie a la actividad tutorial y, por lo tanto, a la transmisión de activos académicos mutuamente imprescindibles: imaginación y disciplina. Creatividad y responsabilidad. Libertad y sentido del deber. Un profesorado que, además, debe evitar la colisión entre realidad y anti-realidad, como quería José Castillejo (Castillejo, 1976).

9. La verdad, la bondad y la belleza no son meros horizontes útiles de la identidad universitaria. Son esenciales a la Universidad. Como evoca Charles Ryder en *Et in Arcadia Ego*, el primer e inolvidable bloque de *Retorno a Brideshead*, no recuerda el contenido de las materias que superó de manera apresurada, y a base de la ingestión de café frío y galletas en las noches previas a los exámenes. Pero sabe que el perfume de aquellos días le acompañará, de una y otra manera, hasta el final de su vida (Waugh, 1948) La memoria universitaria se nutre de la languidez y de los pequeños placeres de la vida elegante, sencilla y fraterna, despojada de todo cuanto resulta esencial a la propia existencia, como la amistad, el amor, y el diálogo libre e ilimitado. El estilo universitario se mide en el contador de la alegría, la espontaneidad y la autenticidad.

10. Porque la misión de la Universidad es ganar la libertad humana. Y la libertad humana no se limita a la necesaria adquisición de un conjunto de habilidades y destrezas (Jiménez Fraud, 1989) La Universidad, y el profesional universitario debe ser especialmente consciente de ello, no es el final de nada, sino el comienzo de todo. Y un comienzo que se reitera una y otra vez.

4. ¿Universidad "de voz de pecho" o Universidad "de voz de cabeza"? Reflexiones finales.

En una hermosa carta que desde San Juan de Puerto Rico le dirigió Juan Ramón Jiménez a Juan Luis Cano en 1949, abordó el debate sobre el sentido y los destinatarios de la poesía de sus más grandes contemporáneos, seleccionando el escritor onubense a tres colegas a los que conoció y estimó, personal y literariamente: Antonio Machado, Miguel de Unamuno y Federico García Lorca. Conocida es la consideración del autor de *Diario de un poeta recién casado* por el intelectual vizcaíno, a quien adjudicaba el espíritu revolucionario, por conmovedor y transformador, que debía siempre acompañar al poeta.

Pero ello no era obstáculo para que el invariablemente implacable análisis de Juan Ramón Jiménez negara toda identidad y vocación popular en el universo vital de sus tres amigos. Al poeta sevillano, por ejemplo, le califica, con claridad y concisión, como "hombre de paseo solitario, de tertulia burguesa y de libro". Y, a continuación, procede a avalar su argumentación con una original digresión sobre la oportunidad de distinguir entre los poetas "con voz de pecho" y los poetas "con voz de cabeza" (Jiménez, 1973) ¿Universidad con voz de pecho o con voz de cabeza? La Universidad no se escinde, porque siempre habla con las dos voces. Sonoras voces ambas. La voz humana de Jean Cocteau.

Y probablemente la clave explicativa del deber universitario de conciliar ambas voces la brindó también Alberto Jiménez Fraud, en su maravillosa *Historia de la Universidad Española*, cuando en sus últimas líneas, antes de su "Apéndice lírico", y a partir de su experiencia en la Residencia de Estudiantes, detecta tres grandes espacios para esa "nota de quietud" que, en un mundo "entregado al apresuramiento", denota cuanto la Universidad puede y debe entregar

a la sociedad a la que sirve: el juego del espíritu, noble y desinteresado; la calidad, y no la cantidad del conocimiento; y el ocio inteligente que posibilita el despliegue de una vida plena (Jiménez Fraud, 1971).

Restaría, en todo caso, un apunte que nos ofrece, una vez más, Santiago Ramón y Cajal. No basta, en la enseñanza y en la investigación, en la docencia y en la ciencia, en la transmisión del conocimiento y en la creatividad, con detenerse a contemplar el impulso inicial, con valorar la originalidad, o con reconocer la capacidad inventiva o precursora. La Universidad puede y debe ser también un ámbito para la perseverancia y para el tesón (Ramón y Cajal, 1946) Ejemplar en el esfuerzo inicial, pero todavía más en su prosecución en el tiempo. La belleza de la experiencia universitaria es una belleza en movimiento. Así se explica que una institución se convierta en milenaria.

5. Bibliografía

Altamira, Rafael: Escritos patrióticos. Madrid. 1929.

Araquistáin, Luis: El pensamiento español contemporáneo. Buenos Aires. 1968.

Castillejo, José: Guerra de ideas en España. Madrid. 1976.

García Lorca, Federico: Impresiones y paisajes. Madrid. 1994.

García Lorca, Francisco: Federico y su mundo. Madrid. 1980.

Jiménez, Juan Ramón: Selección de cartas (1899-1953) Barcelona. 1973.

-El andarín en su órbita. Selección de prosa crítica. Madrid. 1974.

Jiménez Fraud, Alberto: Historia de la Universidad Española. Madrid. 1971.

-La Residencia de Estudiantes. Visita a Maquiavelo. Madrid. 1972.

-Residentes. Semblanzas y recuerdos. Madrid. 1989.

Ortega y Gasset, José: El Libro de las Misiones. Madrid. 1964.

-Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela. Madrid. 1976.

Pasolini, Pier Paolo: Escritos corsarios. Barcelona. 1978.

Ramón y Cajal, Santiago: Charlas de café. Pensamientos, anécdotas y confidencias. Madrid. 1946.

-Mi infancia y juventud. Madrid. 1955.

-El mundo visto a los ochenta años. Reflexiones de un arterioesclerótico. Madrid. 1960.

-San Miguel Pérez, Enrique: Porque España y yo estamos juntos, los dos para los dos. Una idea política y jurídica: España (1898-1936) Pamplona. 2022.

Waugh, Evelyn: Retorno a Brideshead. Memorias sagradas y profanas del capitán Charles Ryder. Buenos Aires. 1948.

Zulueta, Luis de: La edad heroica. Madrid. 1916.